

merece recordarse por la singularidad de su autor, la que compuso el célebre terrorista francés Collot d'Herbois con el título de *El villano Magistrado*.

Es una de las piezas de nuestro antiguo teatro que han quedado en el repertorio con menos cambios y alteraciones. La refundición que solemos ver en las tablas fué hecha por el insigne poeta dramático D. Adelardo López de Ayala, con singular amor y respeto al texto de Calderón, y en general con acierto.

Entre los críticos que han apreciado esta comedia merecen especial aprecio los alemanes Schmidt y Klein, y el francés Viel-Castel.




## TIRSO DE MOLINA



## TIRSO DE MOLINA

---

INVESTIGACIONES BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS.

NO de los ejemplos más insignes de nuestra desidia literaria y del olvido en que tenemos la investigación y depuración de nuestros más altos títulos de gloria nacional, es sin duda la ignorancia que todavía universalmente reina sobre los puntos capitales de la biografía del Maestro Tirso de Molina; contrastando este descuido con la grandeza cada día creciente de la figura poética del egregio Mercenario, á quien (pasada ya, aun en Alemania, la fiebre calderoniana) (1), pocos niegan el segundo lugar entre los maes-

---

(1) En este punto Grillparzer, el más profundo conocedor y ardiente panegirista de Lope, ha dado á la reacción su fórmula definitiva: «Calderón es el más grande de los artistas *amanerados*.»

tros de nuestra escena, y aun son muchos los que resueltamente le otorgan el primero y el más próximo á Shakespeare; como sin duda lo merece, ya que no por el poder de la invención, en que nadie aventajó á Lope (que es por sí solo una literatura), á lo menos por la intensidad de vida poética, por la fuerza creadora de caracteres, y por el primor insuperable de los detalles.

Tan altas cualidades, que le ponen al nivel de los más grandes artistas de todos tiempos y naciones, no bastaron, sin embargo, para salvarle de aquella especie de obscuridad en que yacieron sus obras por espacio de siglo y medio, comenzando á contar desde los días inmediatos á su muerte. La generación literaria que vino en pos de él pareció olvidar su nombre, aunque entrase á saco por sus obras. Desde los más ilustres, como Calderón y Moreto, hasta los más oscuros, como Matos Fragoso, convirtieron en botín propio la rica herencia del fraile de la Merced; y mientras que se aplaudían *Los Cabellos de Absalón*, *La Ocasión hace al ladrón*, *El Convidado de Piedra*, refundiciones casi siempre inferiores á sus originales, borrábanse enteramente de la memoria de nuestro público aquellos sus admirables prototipos, *La Ven-*

*ganza de Tamar*, *La Villana de Vallecas*, *El Burlador de Sevilla*. Sin el buen gusto y el celo patriótico de una D.<sup>a</sup> Teresa de Guzmán, que á principios del siglo pasado tenía lonja de libros en la Puerta del Sol, y que á su costa reimprimió con cierto esmero (rarísimo en estas impresiones sueltas ó de cordel) un número bastante crecido de comedias del ingeniosísimo fraile, á quien llamaba *Maestro de las Ciencias*, hubiéramos creído que el siglo XVIII había ignorado hasta la existencia de Tirso, cuyo nombre, ni para bien ni para mal suena, como no sea rarísima vez, en las innumerables polémicas suscitadas entonces sobre el valor de nuestra dramática antigua; ni en los escritos de los reformadores neo-clásicos, como Luzán, Nasarre y Montiano, ni en las apologías de Erauso y Zavaleta, Nifo y García de la Huerta, el cual á ninguna comedia suya, ni de Lope ni de Alarcón, dió entrada en su pobrísimo, aunque tan ruidoso, *Theatro Español*.

La rehabilitación de Tirso, á fines de aquella centuria y principios de la actual, no comenzó en los libros de crítica, sino en el teatro; fué popular antes de ser erudita; fué labrando día por día en la conciencia del vulgo espectador antes de penetrar en el ánimo de los doctos;

no vino impuesta, como la apoteosis de Calderón, por el romanticismo extranjero triunfante, sino que tuvo todos los caracteres de una restauración indígena. El mérito principal de ella se debe á un grande y modesto literato, que desde su covacha de apuntador hizo más por el renacimiento de nuestro arte escénico, con refundiciones y traducciones admirables, y con la disciplina y buen consejo á que sometió el genio de Máizquez, que la mayor parte de los engreídos dramaturgos de su tiempo con sus producciones originales. Era clásico en sus doctrinas literarias D. Dionisio Solís, pero con un género de clasicismo muy amplio y tolerante, de que el bello prólogo que puso á su versión del *Orestes* de Alfieri da suficiente muestra. Esta relativa libertad de criterio suya, que contrastaba con la preceptiva, mucho más rígida, de su amigo Moratín, le hacía muy capaz de sentir las bellezas de nuestro teatro antiguo, si no en aquello que tiene de más peculiarmente español y romántico, á lo menos en el inagotable tesoro de sus fábulas cómicas, de las cuales arregló muchas á las exigencias y convenciones de la escena de su tiempo, siendo Tirso siempre su autor predilecto. En tal empresa le secundaron Enciso Castrillón y algún

otro poeta oscuro, y á ella contribuyeron indirectamente, con sus aplausos y estímulos, personajes tan poco literarios como el rey Fernando VII y el famoso censor de teatros Padre Carrillo, quien, rigurosísimo con los ingenios de su tiempo, daba, por el contrario, paso franco al raudal inagotable de las desenfadadas gracias de Tirso. De este modo, el público de Madrid, desde el rey hasta el último fraile y el último chispero, reían y se solazaban con las diabólicas transformaciones de *Don Gil de las Calzas Verdes*, con la profunda é insinuante malicia de *El Vergonzoso en Palacio* y de *Marta la Piadosa*, cuando en el resto de Europa era completamente ignorada la existencia de tal poeta, hasta el punto de que Guillermo Schlegel sólo llegó á saber la mitad de su pseudónimo, y eso para citarle revuelto con Matos Fragoso y otros tales en aquella famosa lección postrera de su *Curso de Literatura Dramática* (1808), en que todos nuestros grandes poetas fueron sacrificados, sin ser leídos, al ídolo, en gran parte fantástico, que con nombre de Calderón levantaba Schlegel sobre el ara, como cifra y símbolo del más perfecto romanticismo.

Acontecía, pues, en España, por los años de 1832, un fenómeno literario muy singular. Cal-

derón, que en pleno siglo XVIII había conservado su culto popular á despecho de todas las invectivas de los preceptistas, veía ahora mermado el número de sus devotos en el pueblo y en el teatro, y en cambio reconquistaba espléndidamente el sufragio de la nueva crítica. Antes le llamaban bárbaro, pero se le representaba mucho. Ahora se le admiraba sin tasa sobre la palabra de Schlegel (difundida en España por Bolh de Fáber y Durán), pero cada día se le representaba menos, y no es seguro que fuese muy leído. Todo lo contrario acontecía con Tirso: era el poeta mimado del público madrileño; pero como no había tenido ningún alemán que le sacase á flote, y en libros de crítica no se había hablado de él ni siquiera para insultarle, y no había juicios hechos ni frases cómodas que repetir acerca de su teatro, los críticos, aunque se divirtiesen en la representación como el resto de los mortales, afectaban no tomar en serio al poeta, limitándose á aplaudir la copia de chistes y el gracejo del diálogo. Pena da hoy, en parte, y en parte también risa, leer, por ejemplo, los primeros juicios de Martínez de la Rosa y de D. Alberto Lista sobre las obras de este soberano poeta. Para uno y otro, Tirso era poco más que un

juglar chocarrero, un fraile lascivo y desvergonzado, á quien dirigen los más extravagantes reparos de moral y de gusto. Tales ejemplos de miopía intelectual en hombres por otra parte respetables y beneméritos, deben hacernos muy cautos á los que nos ocupamos en este arduo ejercicio de la crítica, aunque al propio tiempo nos persuadan de las inmensas conquistas que en tal orden de ideas ha realizado nuestro siglo.

La gloria de haber conocido y proclamado por primera vez que Tirso era un gran poeta en toda la extensión del vocablo, y de haberlo comprobado con penetrantes análisis de *La Prudencia en la mujer* y de *El Condenado por desconfiado*, pertenece indisputablemente á un crítico español, al venerable D. Agustín Durán, editor en 1834 de la *Talia Española*, primera, aunque frustrada, tentativa de una edición crítica de las obras de Fr. Gabriel Téllez. Lo que Durán inició con su poderosa intuición estética, lo realizó en parte Hartzzenbusch, ya en el *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, que en doce volúmenes publicó desde 1839 á 1842, ya en el tomo de *Comedias escogidas de Tirso*, que en 1848 coleccionó para la biblioteca de Rivadeneyra. La primera de estas edi-

ciones es por todos conceptos muy superior á la segunda; y aunque ambas disten bastante de la perfección, al cabo nos dan en forma legible la mitad próximamente del teatro de Tirso, cuyos cinco volúmenes primitivos son de la más extraordinaria rareza. Pero la necesidad de una edición completa y ampliamente ilustrada se hace sentir más cada día, y creemos que la Academia Española habrá de atender á ella en plazo más ó menos lejano. Es verdadera mengua que de tal clásico queden todavía obras *inéditas*, y otras dispersas y tan raras como si inéditas fueran. ¿Qué diríamos de los franceses si hubiesen dejado perder alguna parte de la herencia de Molière? Pues á los ojos de todo el que no sea francés, Tirso es, cuando menos, tan gran poeta cómico como Molière, aunque en género distinto y evidentemente más poético.

Bellamente lo reconoció la crítica alemana por boca de Schack, en las páginas, no muchas, pero sí muy brillantes, que dedica al fraile de la Merced en su *Historia de la literatura dramática española*, aunque no hiciese de su teatro estudio tan analítico y minucioso como del de Lope y Calderón, que por sí solos se llevan más de la mitad de su obra. En parte han re-

parado esta falta historiadores más recientes de nuestro teatro, como Klein y Schaefer, y bien puede decirse que el astro de Tirso, si fué tardío en levantarse sobre el horizonte, brilla cada día con fulgor más intenso. Calderón tiene innumerables panegiristas, sinceros unos, otros retóricos y rutinarios, predominando entre ellos los que nunca le han leído entero ni penetran las verdaderas condiciones de su genio, maravilloso sin duda, pero genio al fin de artista de decadencia. Tirso, que nunca ha sido ensalzado en términos tan ditirámicos y estrepitosos, tiene algo que vale más: tiene verdaderos lectores, amigos fieles y discretos, como los tiene Horacio, como los tiene Cervantes, como los tiene Montaigne. ¿Y quién no ha de preferir este género de gloria modesta y sólida, este vivir en intimidad á través de los siglos con algunos espíritus finos y selectos, más bien que el triste privilegio, que otros genios suelen tener, de servir de tema de declamación, y de figura retórica á los ignorantes, que con exagerar su entusiasmo se creen dispensados de leer lo mismo que admiran? De todos nuestros dramáticos, los dos más *vivos* al presente con el género de vida que hemos intentado definir son Tirso y Alarcón: Alarcón, que no es quizá de

los más grandes, pero que es sin disputa de los más amados.

Hasta las cualidades que en Tirso se señalaban en otro tiempo como defectos, por lo mucho que contrastaban con los hábitos dominantes en el teatro de su tiempo, han contribuido después á su crédito y fortuna. Su alejamiento relativo de aquel ideal caballeresco, en gran parte falso y convencional; su poderoso sentido de la realidad, su alegría franca y sincera, su buena salud intelectual, aquella intuición suya tan cómica y al mismo tiempo tan poética del mundo, la graciosa frescura de su musa villanesca, su picante ingenuidad, su inagotable malicia tan candorosa y optimista en el fondo, nos enamoran hoy y tienen la virtud de un bálsamo añejo y confortante, ahuyentador de toda pesadumbre y tedio. Y como Tirso, además de gran poeta realista, es gran poeta romántico y gran poeta simbólico, no hay cambio de gusto que pueda destronarle, y el jugo de humanidad que hay en sus obras alimentará en lo futuro creaciones nuevas, así como en tiempo del romanticismo renacieron sus Amantes de Teruel y su Doña María de Molina, se añadieron innumerables ramas al árbol genealógico de su Don Juan, y hasta Jorge

Sand intentó á su modo la imitación del *Condenado por desconfiado* en *Lupo Liverani*.

La crítica no ha dicho aún lo que llaman *la última palabra* sobre Tirso: las comedias suyas que hoy tenemos son parte exigua de las trescientas que él mismo asegura haber compuesto: aun las que quedan no han sido estudiadas todas, y la paternidad de muchas anda en litigio: los juicios formulados hasta ahora sobre su teatro adolecen, por lo general, del inconveniente de no atender al conjunto de su producción literaria, sino á aspectos particulares de su genio; pero no hay duda que en muchos de estos juicios, especialmente en los de Durán y Hartzbusch, en los de la última época de Lista (que en esto, como en todo, fué adelantando mucho y tuvo tiempo para rectificarse á sí propio), en los de Schack y Klein, en algunos de Philarète Chasles y Vieil-Castel, de Pí Margall y Revilla, hay una base amplia y firme de crítica estética, sobre la cual ya puede trabajarse con fruto.

Pero de crítica estética tan sólo, puesto que en todos ellos falta el elemento de la crítica histórica, sin el cual las apreciaciones de gusto quedan muchas veces en el aire. Si no sabemos á ciencia cierta que tal ó cual pieza sea de

Tirso, ¿cómo vamos á deducir de ella los caracteres del ingenio del poeta? Si no conocemos ni aproximadamente siquiera la cronología de sus obras, ¿cómo vamos á estudiar el desarrollo de su arte? Si nos faltan datos positivos acerca de su vida, ¿cómo podremos establecer la concordancia entre su persona y sus obras? ¿Quién ha de tachar de vana y pueril esta curiosidad, hoy que al crítico se le pide, no ya sólo psicología clásica, como en tiempo de Sainte-Beuve, sino fisiología y su tanto de patología, en caso necesario? Cualquiera que sea el valor de tales pretensiones, es cosa de sentido común que para llegar á las intimidades de una obra de arte, mucho más si ha sido producida en época relativamente lejana de la nuestra, no puede ser indiferente el conocimiento de la vida de su autor y del medio social en que se desenvolvió.

Tirso ha sido en esta parte de los más desgraciados. Su vida ha solido escribirse en una docena de renglones, de los cuales la mitad por lo menos contenían errores crasos. Sabíase que era madrileño, porque él mismo lo expresa en un notable pasaje de *Los Cigarrales*. Á esta circunstancia debió el figurar en los *Hijos Ilustres de Madrid* de Alvarez Baena, aunque este bió-

grafo no supo decirnos de él otra cosa sino que había sido Comendador del convento de Soria. Pero en cambio fué el primero que echó á volar la desatinada conjetura de que Tirso había entrado en religión siendo ya de edad madura (*de más de cincuenta años*) y después de haber compuesto la mayor parte de sus comedias. Como todos los disparates hacen fortuna, éste logró la de ser repetido como artículo de fe; ya por la mojigatería de algunos que, con entero desconocimiento de las ideas y costumbres del siglo XVII, mostraban escandalizarse de la libertad de lenguaje de Tirso, ni mayor ni menor que la que era corriente en su tiempo; ya por la psicología superficial de otros, que no llegaban á comprender que el poeta hubiese acertado á representar tan á lo vivo escenas amorosas y lances picarescos de que no hubiese sido testigo y acaso protagonista. A todo trance se quería que Tirso *la hubiese corrido* (como vulgarmente se dice), y aun algunos se arrojaban á decir que había sido *casado*, y no sabemos si marido ultrajado y paciente, como el bueno de Molière. Era un gozo ver á los críticos arquear las cejas y preguntar con mucho énfasis: «¿Qué especie de *sociedad frecuentaba* este hombre? ¿Qué mujeres había conocido?



Su vida debió de ser en extremo relajada.» En poco estuvo que no llegasen á colgarle un asesinato, como á Moreto; pero no faltó quien le hiciese capitán en Flandes, y le achacase la muerte en duelo de su mejor amigo, de resultas de lo cual se había metido fraile.

Mientras tales disparates se propalaban en biografías populares y semanarios ilustrados, los críticos que pasaban por más formales seguían en la tarea de copiarse los unos á los otros, y todos á Baena, añadiendo alguna que otra fecha arbitraria, como la de 1585, asignada al nacimiento del poeta, y muchas lamentaciones sobre la pérdida de los cuadernos manuscritos que el P. Martínez, obispo de Málaga, tenía compuestos sobre Tirso, y de otra biografía del poeta que Gallardo aseguraba haber escrito y perdido *el día de San Antonio*, y que quizá nunca existió más que en la fecunda imaginativa del gran bibliófilo. Como los libros perdidos nada enseñan ni remedian, la biografía de Tirso continuaba tan turbia como antes, sin que nadie se tomase ni siquiera el levísimo trabajo de hacer una visita á la Biblioteca de la Academia de la Historia, donde dormía el sueño de los justos una obra inédita de Tirso, la *Historia general de la Orden de la Merced*,

que contiene, aunque pocos, muy seguros é importantes datos sobre su persona, presentados con la mayor lisura y modestia. Todos la citaban, y nadie caía en la cuenta de que si la biografía de Tirso estaba en alguna parte, era verosímil que estuviese en aquel libro, ó que á lo menos aquel libro no fuese inútil para su conocimiento. Aun el diligentísimo Barrera, cuyo conato biográfico supera en mucho á los de sus predecesores, cayó en este común descuido, y se limitó á agrupar noticias sueltas, tomadas de diversos libros impresos del siglo xvii. ¿Qué más? Hasta los hermanos de hábito de Tirso participaban de la general ignorancia: el historiógrafo oficial de la Orden, Fr. Antonio Gari y Siu mell (*Biblioteca Mercendaria*, Barcelona, 1875) admite la fecha asignada á la profesión de Fr. Gabriel Téllez por Baena, lo cual deja en el aire el único dato nuevo que nos suministra, aunque sin indicar la fuente; es á saber, que Tirso hizo su noviciado en Guadalajara.

El hallazgo en 1874 de un retrato (procedente de Soria), cuya inscripción dice ser de Fr. Gabriel Téllez, consignando, entre otros datos curiosos, el año de su nacimiento y el de su muerte, pareció que nos daba (además del

consuelo de poseer la efigie ignorada hasta entonces del gran poeta) una luz tenue sin duda, pero inestimable en medio de tales tinieblas, para ir penetrando en los laberintos de su vida. Por desgracia, ni el retrato ni la inscripción están á salvo de toda sospecha. Provisionalmente, sin embargo, puede alegarse su testimonio, siempre que no aparezca en contradicción con otras noticias más seguras.

Con intento de disipar tantas obscuridades, la Academia Española anunció en 1887 un certamen. Si la memoria no nos es infiel, sólo dos trabajos se presentaron aspirando al premio, que no llegó á adjudicarse. Uno de ellos, *El Teatro del Maestro Tirso de Molina*, fué publicado luego en Valladolid (1889) por su autor, D. Pedro Muñoz Peña, catedrático de aquel Instituto. Es obra puramente crítica, y aunque apreciable y digna de atención en tal concepto, no trae novedad alguna en la parte biográfica. La otra memoria, por el contrario, que fué la favorecida por la Academia con acésit, segundo premio ó mención honorífica (no otorgándose quizá superior recompensa porque la premura del plazo del certamen, que realmente era muy corto para materia tan nueva y difícil, no permitió á su discreta autora, doña

Blanca de los Ríos, presentar terminados algunos capítulos ni dar á su trabajo la postrera lima) es un estudio de investigación propia y de grandísima novedad é importancia, que contiene muchos y positivos descubrimientos, los cuales muy en breve han de ser del dominio público, para honra y prez del nombre de la erudita y modesta escritora sevillana, en quien dignamente revive el espíritu de sagaz indagación crítica que tanto enaltecíó á su inolvidable tío, el autor de la *Historia Crítica de la Literatura Española*.

Tendremos, pues, quizá en este mismo año una verdadera biografía de Tirso, y entre tanto, como para estímulo de la curiosidad y acicate del gusto, otro joven investigador, en quien la modestia corre parejas con el sólido saber, el buen gusto y el recto juicio, ha reunido en un volumen de poco bulto y mucha sustancia sus propias *investigaciones bio-bibliográficas* sobre Tirso, producto de una exploración metódica en la literatura del siglo xvii, comenzando por las propias obras del poeta, no bastante consultadas hasta ahora con este fin. Débese este trabajo al Sr. D. Emilio de Cotarelo y Mori, erudito escritor asturiano, conocido ya por un libro importante sobre *El Conde*

de Villamediana y la sátira política en el siglo XVII.

Nótase á primera vista una laguna grave en el estudio del Sr. Cotarelo, el cual sistemáticamente ha rehusado valerse del testimonio de la inédita *Historia de la Merced*, no porque desconociese la existencia y el valor de tal fuente, sino por un escrúpulo que algunos tacharán de nimio, pero que honra en extremo la delicadeza y caballerosidad del escritor. El Sr. Cotarelo no ha querido acudir á fuentes inéditas, para no quitar ni un ápice de su novedad al trabajo de D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos, de quien le constaba que había trabajado sobre ellas. Buen síntoma es que se vayan puliendo tanto las costumbres de los bibliófilos, y que se respeten y ayuden mutuamente. ¡Qué lejos estamos ya de aquellas brutales polémicas de Gallardo y sus émulos, ó de otros casos todavía más recientes, en que el campo de la erudición, más que campo de Agramante, semejaba el puerto de *Arrebatacapas!*

Pero aun circunscribiendo su trabajo á los libros impresos, es tanto lo que la diligencia del Sr. Cotarelo ha desentrañado, que sin necesidad de ampliaciones ni de fárrago, ha ogrado convertir en setenta y ocho páginas

los setenta y ocho renglones próximamente que constituían la más copiosa de las biografías de Tirso conocidas hasta ahora. Presentaremos en breve sinopsis los resultados de la investigación del Sr. Cotarelo en esta primera parte de su trabajo, adicionándolos con algunas observaciones propias.

1572. Nace Tirso en Madrid. La patria es indiscutible, la fecha no. Descansa sólo sobre la fe de la inscripción del retrato, y aun en éste parece haber contradicción, puesto que si Tirso murió en Marzo de 1648, de setenta y seis años y cinco meses, como allí se dice, no pudo haber nacido en 1572, sino á mediados de Octubre de 1571. Su partida bautismal no ha parecido hasta ahora en ninguno de los libros parroquiales de esta corte, á no ser que últimamente la haya descubierto D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos, que, según tenemos entendido, se ha impuesto la improba tarea de registrarlos todos. La circunstancia de ser bastante comunes el nombre Gabriel y el patronímico Téllez dificulta esta averiguación, y quizá tampoco fuese Gabriel el primero de los nombres bautismales de Tirso. Hoy mismo el uso es algo anárquico en esta parte, y en el siglo XVII lo era mucho más, no sólo en cuanto á los nom-

bres, sino en cuanto á los apellidos y patronímicos. El segundo de Téllez es hasta hoy enteramente ignorado. Sólo sabemos que tuvo un sobrino llamado Francisco Lucas de Avila, editor de algunas *Partes* de sus comedias, y al parecer colaborador suyo en alguna obra.

¿Dónde y cuándo estudió Tirso? En Alcalá, sin duda: infiérese de las palabras de su condiscípulo Matías de los Reyes en la dedicatoria de su comedia *El Agravio agradecido*, y se afirma en términos expresos en la breve noticia de Tirso que precede á la tercera edición de *Deleitar aprovechando*, noticia que no ha de desdeñarse, aunque escrita en el siglo pasado, porque su autor parece haber sido un fraile mercenario, que trabajaría acaso sobre documentos del archivo de su Orden. A estas autoridades podrá añadirse otra de mucho peso, si realmente han de entenderse de Tirso, como los entendió Barrera con buenas conjeturas, aquellos versos del *Viaje del Parnaso*, en que, después de mencionar Cervantes por sus nombres á cinco poetas *en sagrada religión constituidos*, designa al sexto sin nombrarle, como queriendo respetar su pseudónimo:

«El otro, cuyas sienes ves ceñidas  
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso

Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas  
En su ilustre teatro victorioso.....  
A los donaires suyos echó el resto.....»

No he podido descubrir el nombre de Gabriel Téllez en los libros de matrícula y grados de la Universidad Complutense (existentes hoy en el archivo de su heredera, la Universidad de Madrid), cuando los recorrí, también inútilmente, en busca de las matrículas de Lope, cuyos estudios y grado de bachiller en aquella famosa escuela constan por testimonio propio. El caso de Tirso tiene explicación más fácil: probablemente cuando concurrió á la Universidad era ya fraile, y es sabido que los frailes solían matricularse en masa, y no nominalmente, como los demás estudiantes.

La destrucción ó extravío de los papeles del archivo de la Merced en las vandálicas escenas revolucionarias de 1834 y 1835, impiden fijar con exactitud el año de la profesión religiosa de Tirso. Pero ya en la *Letania moral* de Andrés de Claramonte, aprobada para la impresión en 1610, aunque no impresa hasta 1613, figura en el *enquiridión de los ingenios alabados* «Fr. Gabriel Téllez Mercenario, poeta cómico». Y del mismo año 1613 es el autógrafo firmado en Toledo, de la comedia *La Santa Juana*, que

no hubo de ser de las primeras, ni con mucho, puesto que en *Los Cigarrales*, impresos en 1621, asegura que llevaba catorce años de escribir comedias; de donde se infiere que en 1606 había comenzado á dar á las musas del teatro el culto ferviente en que persistió durante la mayor parte de su vida.

1619. El Presentado Fr. Gabriel Téllez era en esta fecha «comendador del convento de la Merced en la ciudad de Trujillo». Consígnalo D. Fernando de Vera y Mendoza en su *Panegírico por la Poeta*, que se empezó á imprimir en aquel año, aunque definitivamente no salió á luz hasta el de 1627 en Montilla. A esta residencia de Tirso en Trujillo parece que debemos referir la composición de su trilogía de *Los Pizarros*, para la cual hubo de inspirarse, no sólo en la historia, sino en tradiciones locales.

De muchos pasajes de comedias de Tirso (*Mari Hernández la Gallega*, *El Amor Médico*, *La Villana de La Sagra*...) se infiere con toda claridad que Tirso residió bastante tiempo en Galicia y en Portugal, seguramente en conventos de su Orden ó para negocios de ella; pero hasta ahora no se ha determinado la fecha precisa de estos viajes. El portugués corrompido que algunos personajes de Tirso ha-

blan, es más bien gallego, según acertada observación del Sr. Cotarelo. Tirso incorporó en el riquísimo caudal de su poesía algunos elementos del lirismo tradicional de Galicia, y es notable, por ejemplo, el uso que hace del decasílabo y del endecasílabo anapéstico, popular y bailable, que vulgarmente llamamos *verso de gaita gallega*. Este aspecto de sus obras no ha sido bastante estudiado, y por él Tirso se enlaza con los primitivos cancioneros gallicos, con la más vieja tradición lírica de la Península.

1620. Lope de Vega dedica á Tirso (quizá para desvanecer recelos y habladurías de los que les suponían mutuamente envidiosos y enemistados) su comedia de *Lo Fingido verdadero*, prototipo indudable del famoso *San Ginés* de Rotrou.

El mismo año da á las tablas Tirso su lindísima comedia *La Villana de Vallecas*, donde responde con efusión á los elogios de Lope.

1621. Tirso da á la estampa su primer libro conocido, *Los Cigarrales de Toledo*, miscelánea de novelas, comedias, poesías y digresiones literarias. Entre las primeras está la muy donosa de *Los Tres Maridos burlados*, entre las segundas *El Celoso prudente* y *El Vergonzoso*